

OBRAS COMPLETAS

de

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

I

Lógica Personal



BIBLIOTECA AMERICANA

140

—Que ya el vacío ocupa de la esfera—
no revienta al aliento que la inspira,
¡cantad, de Su Excelencia,
valor togado y militar prudencia!

SILVA AL CONDE DE GALVE

335

EL SUEÑO

216

*Primero Sueño, que así intituló y compuso la Madre Juana
Inés de la Cruz, imitando a Góngora.*

10
20
PIRAMDAL, funesta, de la tierra
nacida sombra, al Cielo encaminaba
de vanos obeliscos punta altiva,
escalar pretendiendo las Estrellas;
si bien sus luces bellas
—exentas siempre, siempre rutilantes—
la tenebrosa guerra
que con negros vapores le intimidaba
la pavorosa sombra fugitiva
burlaban tan distantes,
que su atezado ceño
al superior convexo aun no llegaba
del orbe de la Diosa
que tres veces hermosa
con tres hermosos rostros ser ostenta,
quedando sólo dueño
del aire que empañaba
con el aliento denso que exhalaba;
y en la quietud contenta
de imperio silencioso,
sumisas sólo voces consentía
de las nocturnas aves,
tan oscuras, tan graves,
que aun el silencio no se interrumpía.

Estamos ya en el epilogo de esta aventura, de esta aspiración al Saber absoluto. Estamos ya en el epilogo de este acercamiento entre filosofía y poesía, donde el énfasis parece recaer en la segunda. Sor Juana, es muy cierto, incorpora en el poema un saber filosófico donde sería difícil advertir alguna inexactitud. Es un saber puntual. ¿Pero qué papel cumplen estas proposiciones filosóficas? ¿Tiene ella la pretensión de sostenerlas y apoyarlas? Por lo que he venido diciendo, parece haber buenas razones para pensar que no, de manera que un examen rigurosamente filosófico de ellas no cabría aquí. Frente a la filosofía son neutras: no la afectan, porque no hay un interés teórico en establecer su verdad. Es preciso verlas más bien como la expresión literaria de una experiencia: la de aspirar, lo dije ya, a la posesión de un saber que se precipita al fracaso. Sor Juana, modificando el ejemplo de Lucrecio, siente más que piensa la filosofía.

Desde luego, yo estaría dispuesto a admitir que la evaluación global del *Primero sueño* no podría prescindir de su contenido filosófico, pero haría algunas salvedades. Por una parte, me parece que un poema no puede considerarse mejor porque contenga una concepción filosófica determinada. Si así fuera, buena parte de la producción lírica saldría muy mal parada. Por otro lado, el propio poema se resentiría seriamente si se le confrontara con una obra estrictamente filosófica. Lo que sí aceptaría en el caso particular del *Primero sueño* es el gran acierto de su adecuación entre su contenido intelectual y su articulación estética. El poema es, ante todo, el escenario de una vivencia: la sed de saber casi febril que adquiere cuerpo en los medios específicos que eligió sor Juana. En cada palabra, en cada verso, en cada imagen va configurándose y si suprimimos esos medios únicos e irrepetibles, suprimimos todo.

En verdad, adonde quiero llegar es a la idea de que en esta búsqueda de nexos entre poesía y filosofía, la primera termina por absorber a la segunda. Sor Juana privilegia el quehacer poético. Por eso, su posición escéptica le lleva a resultados muy diferentes de los que pueden encontrarse en los escépticos antiguos y modernos. Si san Agustín, por ejemplo, sostiene que el escepticismo puede superarse de raíz sólo mediante la revelación, sor Juana desvía sus pasos a la creatividad literaria, después de renunciar a la tarea filosófica. Si desconfía de la posibilidad del conocimiento, no es para refugiarse en la *epoché* o en la *ataraxia*, sino para orientar todo su esfuerzo al arte. Pienso en el pasaje (704-756) donde reitera por última vez su incredulidad, echando mano de un contraste: ¿cómo podría la inteligencia dar cuenta del universo, si se le escapa el detalle más insignificante e inmediato? Al invitarnos a la renuncia, sustituye su pretensión por una

actitud casi opuesta. Abandona las "formas discursivas" para volverse en el mundo sensible y recrear todos los estímulos que ofrece. Posiblemente es el pasaje donde mejor se manifiesta su proyección imaginativa y el más rico en recursos.

Desde este ángulo, el *Primero sueño* sería el centro de la lírica sor Juana. La poeta eligió una forma cuyas estrofas permitirían, dada su flexibilidad, las mayores audacias sintácticas. Pero no se detuvo ahí: quiso dotar a sus versos del léxico más exuberante y creativo. Junto a varias metáforas innegablemente triviales y desgastadas, le otras de parente originalidad. En la lengua poética de sor Juana vuelve casi una *manera* la búsqueda del asidero real que sugiera exprese las sutilezas conceptuales frecuentes en todo el texto. La merada composición del poema tiene también una suerte de equilibrio entre las sombras y la luz. Sor Juana no elude los aspectos oscuros o feos del mundo; al contrario, le sirven de apoyo para realzar los luminosos. Y cuando se trata de esto último, el poema se convierte en un halago para los sentidos. Ora intensifica el color, ora fija atención en las aristas más finas de un objeto, ora repara en el ángulo más oculto o minúsculo. Por el mismo rumbo va su impecable manejo del endecasílabo: a veces un solo verso basta para capturar fenómeno sobre el que desea llamar la atención. Todos sus elementos externos cooperan para enriquecer el interno. Las dimensiones del cenario en que se desenvuelve el *Primero sueño*, así como la escena que recorre el pensamiento, reciben su complemento perfecto en el hipérbolo. La artista necesita exagerar para sugerir el grado de elevación que alcanza el alma o para reforzar la presencia de la luz.

En suma, yo diría que sor Juana, como epígono del Barroco, llega al extremo las posibilidades de éste, dotando a su poesía de una original y lenta sobrecarga de elementos visuales y auditivos, que le dan su sal pomposo, puramente ornamental. Si tenía que elegir entre filosofía y poesía, esto es, entre ejercicio racional y belleza, eligió la última: lo justificó con creces.

—depuesta la fiera
de unos, y de otros el temor depuesto—
yacia el vulgo bruto,
a la Naturaleza
el de su potestad pagando impuesto,
universal tributo;

011

y el Rey, que vigilancias afectaba,
aun con abiertos ojos no velaba.

El de sus mismos perros acosado,
monarca en otro tiempo esclarecido,
tímido ya venado,
con vigilante oído,
del sossegado ambiente
al menor perceptible movimiento
que los átomos muda,
la oreja alterna aguda
y el leve rumor siente
que aun lo altera dormido.
Y en la quietud del nido,
que de brozas y lodo instable hamaca
formó en la más opaca
parte del árbol, duerme recogida
la leve turba, descansando el viento
del que le corta, alado movimiento.

021

De Júpiter el ave generosa
—como al fin Reina—, por no darse entera
al descanso, que vicio considera
si de preciso pasa, cuidadosa
de no incurrir de omisa en el exceso,
a un solo pie librada fia el peso,
y en otro guarda el cálculo pequeño
—despertador reloj del leve sueño—,
porque, si necesario fué admitido,
no pueda dilatarse continuado,
antes interrumpido
del regío sea pastoral cuidado.

031

140
—Oh de la Majestad pensión gravosa,
que aun el menor descuido no perdona!
Causa, quizá, que ha hecho misteriosa,
circular, denotando, la corona,

en círculo dorado,
que el afán es no menos continuado.

El sueño todo, en fin, lo poscía;
todo, en fin, el silencio lo ocupaba:
aun el ladrón dormía;

150

aun el amante no se desvelaba.
El conticnio casi ya pasando
iba, y la sombra dimidiaba, cuando
de las diurnas tareas fatigados
—y no sólo oprimidos
del afán ponderoso

160

del corporal trabajo, mas cansados
del deleite también) que también cansa
objeto continuado a los sentidos
aun siendo deliciosos:
que la Naturaleza siempre alterna
ya una, ya otra balanza,
distribuyendo varios ejercicios,
ya al ocio, ya al trabajo destinados,
en el fiel infiel con que gobierna
la aparatosa máquina del mundo) —;

así, pues, de profundo
sueño dulce los miembros ocupados,
quedaron los sentidos
del que ejercicio tienen ordinario
—trabajo, en fin pero trabajo amado,
si hay amable trabajo—,
si privados no, al menos suspendidos,
y cediendo al retrato del contrario
de la vida, que —lentamente armado—
cobarde embiste y vence perezoso
con armas soñolientas,
desde el cayado humilde al cetro altivo,

170

sin que haya distintivo
que el sayal de la púrpura disciplina:
pues su nivel, en todo poderoso,
gradúa por exentas
a ningunas personas,
desde la de a quien tres forman coronas
soberana tiara,

180

40

campo vieron volver, sus telas hierba,
a la deidad de Baco inobedientes

80

Este, pues, triste són intercedente

de la asombrada turba temerosa,

menos a la atención solicitaba

que al sueño persuadía;

antes sí, lentamente,

su obtusa consonancia espaciosa

al sosiego inducía

y al reposo los miembros convidaba

—el silencio inmanando a los vivientes,

uno y otro sellando labio obscuro

con indicante dedo,

Harpócrates, la noche, silencioso;

a cuyo, aunque no duro,

si bien imperioso

precepto, todos fueron obedientes—.

El viento sossegado, el can dormido,

éste yace, aquél quedó

los átomos no mueve,

con el susurro hacer temiendo leve,

aunque poco, sacrilego rívido,

violador del silencio sossegado.

El mar, no ya alterado,

ni aun la instable mecía

cerúlea cuna donde el Sol dormía;

y los dormidos, siempre mudos, pecces,

en los lechos lamosos

de sus oscuros senos cavernosos,

mudos eran dos veces;

y entre ellos, la engañosa encantadora

Alicione, a los que antes

en peces transformó, simples amantes,

transformada también, vengaba ahora.

En los del monte senos escondidos;

cóncavos de peñascos mal formados

—de su aspereza menos defendidos

que de su obscuridad asegurados—,

cuya mansión sombría

ser puede noche en la mitad del día,

incógnita aún al cierto

montaraz pie del cazador experto

60

de mayor proporción tal vez, que el viente

con flemático echaba movimiento,

de tan tardo compás, tan detenido,

que en medio se quedó tal vez dormido.

100

50

que el tremendo castigo
de desnudas les dió pardas membranas

90

mudos eran dos veces;

que escarnio son aun de las más funestas:

éstas, con el parlero

ministro de Plutón un tiempo, ahora

supersticioso indicio al agorero,

solos la no canora

componían capilla pavorosa,

máximas, negras, longas entonando,

y pausas más que voces, esperando

a la torpe mensura perezosa

220
nunca recuperados,
algun tiempo llorados,
pequeños robos al calor nativo,
y él venga su expulsión haciendo activo
el que lo circunscribe fresco ambiente
que impele ya caliente,
y él venga su expulsión haciendo activo

260
sino que daban a la fantasía
grabb tenaz y guarda cuidadosa,
en forma ya más pura
y agüesta, por custodia más segura,
entregó a la memoria que, oficiosa,
dió a la imaginativa
que con ellos no sólo no empañaba
los simulacros que la estimativa
al cerebro enviaba
húmedos, mas tan claros los vapores
de los atemperados cuatro humores,
que con ellos no sólo no empañaba

210
de espíritu vitales,
con su asociado respirante fuelle
—pulsón, que imán del viento es atractivo,
que en movimientos nunca desiguales
o comprimiendo ya, o ya dilatando
el musculoso, claro arcaduz blando,
hace que en él resuelle
el que lo circunscribe fresco ambiente

250
pagando por entero
la que, ya piedad sea, o ya arrogancia,
al contrario voraz, necia, lo expuso
—mercedo castigo, aunque se excuse,
al que en pendencia ajena se introduce—;
ésta, pues, si no fragua de Vulcano,
templada hoguera del calor humano,
al cerebro enviaba

200
un cadáver con alma,
muerto a la vida y a la muerte vivo,
de lo segundo dando tardas señas
el del reloj humano
vital volante que, si no con mano,
con arterial concierto, unas pequeñas
muestras, pulsando, manifiesta lento
de su bien regulado movimiento.

240
científica oficina,
próvida de los miembros despensera,
que avara nunca y siempre diligente,
ni a la parte prefere más vecina
ni olvida a la remota,
y en ajustado natural cuadrante
las cantidades nota
que a cada cuál tocarle considerara,
del que alambicó quilo el incensante
calor, en el manjar que —medianero
piadoso— entre él y el húmedo interpuso
su inocente substancia,

190
y con siempre igual vara
(como, en efecto, imagen poderosa
de la muerte) Morfeo
el sayal mide igual con el brocado.
El alma, pues, suspensa
del exterior gobierno —en que ocupada
en material empleo,
o bien o mal da el día por gastado—,
solamente dispensa

230
que, repetido, no hay robo pequeño—;
éstos, pues, de mayor, como ya digo,
excepción, uno y otro fiel testigo,
la vida aseguraban,
mientras con mudas voces impugnaban
la información, callados, los sentidos
—con no replicar sólo defendidos—,
y la lengua que, torpe, enmudecía,
con no poder hablar los demencia.

340
hasta la que pajiza vive choza;
desde la que el Danubio undoso dora,
a la que junco humilde, humilde mora;
y con siempre igual vara
(como, en efecto, imagen poderosa
de la muerte) Morfeo
el sayal mide igual con el brocado.

220
Y aquella del calor más competente
próvida de los miembros despensera,
que avara nunca y siempre diligente,
ni a la parte prefere más vecina
ni olvida a la remota,
y en ajustado natural cuadrante
las cantidades nota
que a cada cuál tocarle considerara,
del que alambicó quilo el incensante
calor, en el manjar que —medianero
piadoso— entre él y el húmedo interpuso
su inocente substancia,

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

EL SUEÑO

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

regular, con que giran desiguales
los cuerpos celestiales
—culpa si grave, merecida pena
(torcedor del sosiego, riguroso)
de estudio vanamente judicioso—,
puesta, a su parecer, en la eminente
cumbre de un monte a quien el mismo Atlante
que preside gigante
a los demás, enano obedecía,
y Olimpo, cuya sosegada frente,
nunca de aura agitada
consintió ser violada,
aun falda suya ser no merecía:

lugar de que formase
imágenes diversas. Y del modo
que en tersa superficie, que de Faro
cristalino portento, asilo raro
fué, en distancia longísima se vían
(sin que ésta le estorbase)
del reino casi de Neptuno todo
las que distantes lo surcaban naves
—viéndose claramente
en su azogada luna
el número, el tamaño y la fortuna
que en la instable campaña transparente
arregadas tenían,
mientras aguas y vientos dividían
sus velas leves y sus quillas graves—:
así ella, sosegada, iba copiando
las imágenes todas de las cosas,
y el pínxel invisible iba formando
de mentales, sin luz, siempre vistosas
colores, las figuras
no sólo ya de todas las criaturas
sublunares, mas aun también de aquéllas
que intelectuales claras son Estrellas,
y en el modo posible
que concebirse puede lo invisible,
en sí, mañosa, las representaba
y al alma las mostraba.

310
pues las nubes—que opaca son corona
de la más elevada corpulencia,
del volcán más soberbio que en la tierra
gigante erigido intima al cielo guerra—,
apenas densa zona
de su altiva eminencia,
o a su vasta cintura
cíngulo toco son, que —mal ceñido—
o el viento lo desata sacudido,
o vecino el calor del Sol lo apura.

280
La cual, en tanto, toda convertida
a su inmaterial sér y esencia bella,
aquella contemplaba,
participada de alto Sér, centella
que con similitud en sí gozaba;
y juzgándose casi dividida
de aquella que impedida
siempre la tiene, corporal cadena,
—que grosera embaraza y torpe impide
el vuelo intelectual con que ya mide
la cantidad inmensa de la Esfera,
ya el curso considerara

320
A la región primera de su altura
(infima parte, digo, dividiendo
en tres su continuado cuerpo horrendo),
el rápido no pudo, el veloz vuelo
del águila —que puntas hace al Cielo
y al Sol bebe los rayos pretendiendo
entre sus luces colocar su nido—
llegar; bien que esforzando
más que nunca el impulso, ya batiendo
las dos plumadas velas, ya peinando
con las garras el aire, ha pretendido,
tejiendo de los átomos escalas,
que su inmundidad rompan sus dos alas.
Las Pirámides dos —ostentaciones
de Menfis vano, y de la Arquitectura
último esmero, si ya no pendones
fijos, no tremolantes—, cuya altura

330
entre sus luces colocar su nido—
llegar; bien que esforzando
más que nunca el impulso, ya batiendo
las dos plumadas velas, ya peinando
con las garras el aire, ha pretendido,
tejiendo de los átomos escalas,
que su inmundidad rompan sus dos alas.
Las Pirámides dos —ostentaciones
de Menfis vano, y de la Arquitectura
último esmero, si ya no pendones
fijos, no tremolantes—, cuya altura

260
La cual, en tanto, toda convertida
a su inmaterial sér y esencia bella,
aquella contemplaba,
participada de alto Sér, centella
que con similitud en sí gozaba;
y juzgándose casi dividida
de aquella que impedida
siempre la tiene, corporal cadena,
—que grosera embaraza y torpe impide
el vuelo intelectual con que ya mide
la cantidad inmensa de la Esfera,
ya el curso considerara

340
fijos, no tremolantes—, cuya altura

300
ya el curso considerara

344 coronada de bárbaros trofeos
tumba y bandera fué a los Ptolomeos,
que al viento, que a las nubes publicaba
(si ya también al Cielo no decía)
de su grande, su siempre vencedora
ciudad —ya Cairo ahora—
350 las que, porque a su copia enmudecía,
la Fama no cantaba
Gitanas glorias, Méficas proezas,
aun en el viento, aun en el Cielo impresas : :
éstas —que en nivelada simetría
su estatura crecía
con tal disminución, con arte tanto,
que (cuanto más al Cielo caminaba)
a la vista, que lince la miraba,
entre los vientos se desaparecía,
sin permitir mirar la sutil punta
360 que al primer Orbe finge que se junta,
hasta que fatigada del espanto,
no descendida, sino despeñada
se hallaba al pie de la espaciosa basa,
tarde o mal recobrada
del desvanecimiento
que pena fué no escasa
del visual alado arrevimiento—,
370 cuyos cuerpos opacos
no al Sol opuestos, antes avenidos
con sus luces, si no confederados
con él (como, en efecto, confinantes),
tan del todo bañados
de su resplandor eran, que —lucidos—
nunca de calorosos caminantes
al fatigado aliento, a los pies flacos,
ofrecieron alfombra
aun de pequeña, aun de señal de sombra : :
380 o éstas, que glorias ya sean Gitanas,
bárbaros jeroglíficos de ciego
error, según el Griego

345 EL SUEÑO
ZURCUT DE DENI VAVUJ SOR
si fueran comparados
mental pirámide elevada
colocada
Alma se miró, tan atrasados
se hallaran, que cualquiera
graduara su cima por Esfera:
430 pues su ambicioso anhelo,
haciendo cumbre de su propio cielo,
era más eminente
la encumbró parte de su propia mente,
de sí tan remontada, que creía
que a otra nueva región de se salía.
En cuya casi elevación inmensa,
gozosa mas suspensa,
suspensa pero ufana,
y atónita aunque ufana, la suprema
de lo sublunar Reina soberana,
440 la vista perspícaz, libre de anteojos,
de sus intelectuales bellos ojos
(sin que distancia tema
ni de obstáculos opaco se recele,
de que interpuesto algún objeto cele),
libre tendió por todo lo criado:
cuyo inmenso agregado,
cúmulo incomprendible,
aunque a la vista quiso manifiesto
450 dar señas de posible,
a la comprensión no, que —entorpecida
con la sobra de objetos, y excedida
de la grandeza de ellos su potencia—
retrocedió cobarde.
Tanto no, del osado presupuesto,
revocó la intención, arrepentida,
la vista que intentó descomedida
en vano hacer alarde
contra objeto que excede en excelencia
460 las líneas visuales
—contra el Sol, digo, cuerpo luminoso,
cuyos rayos castigo son fogoso,
que fuerzas desiguales

despreciando, castigan rayo a rayo
el confiado, antes arrevido
y ya llorado ensayo
necia experiencia con costosa tanto
fué, que caro ya, su propio llanto
lo anegó enternecido— (—)
no menos de la inmensa muchedumbre
de tanta maquinosa pesadumbre
(de diversas especies conglobado
esérico compuesto),
que de las cualidades
de cada cual, cedió: tan asombrado,
que —entre la copia puesto,
de un mar de asombros, la elección confusa—
equivoco las ondas zozobraba;
y por mirarlo todo, nada vía,
ni discernir podía
480 (bota la facultad intelectual
en tanta, tan difusa
incomprendible especie que miraba
desde el un eje en que librada estriba
la máquina voluble de la Esfera,
al contrapuesto polo)
las partes, ya no sólo,
que al universo todo considera
scribe perfeccionantes,
490 a su ornato, no más, pertenecientes;
mas ni aun las que integrantes
miembros son de su cuerpo dilatado,
proporcionadamente competentes.
Mas como al que ha usurpado
diuturna obscuridad, de los objetos
visibles los colores,
si súbitos le asaltan resplandores,
con la sobra de luz queda más ciego
500 —que el exceso contrarios hace efectos
en la torpe potencia, que la lumbre
del Sol admitir luego

390 ciego también, dulcísimo Poeta
—si ya, por las que escribe
Aquileyas proezas
o marciales de Ulises sutilezas,
la unión no lo recibe
de los Historiadores, o lo acepta
(cuando entre su catálogo lo cuente)
que gloria más que número le aummente—,
395 de cuya dulce serie numerosa
fuera más fácil cosa
al tenido Tonante
el rayo fulminante
quitar, o la pesada
a Alcides clava herrada,
que un hemistiquio solo
de los que le dictó propio Apolo : :
400 según de Homero, digo, la sentencia,
las Pirámides fueron materiales
tipos solos, señales exteriores
de las que, dimensiones interiores,
espectes son del alma intencionales:
que como sube en piramidal punta
al Cielo la ambiciosa llama ardiente,
así la humana mente
su figura trasunta,
410 y a la Causa Primera siempre aspira
—céntrico punto donde recta tira
la línea, si ya no circunferencia,
que contiene, infinita, toda esencia—.
Estos, pues, Montes dos artificiales
(bien maravillas, bien milagros sean),
420 Y aun aquella blasfema altiva Torre
de quien hoy dolorosas son señales :
—no en piedras, sino en lenguas desiguales,
porque voraz el tiempo no las borre—
los idiomas diversos que escascan
el sociable trato de las gentes
(haciendo que parezcan diferentes
los que unos hizo la Naturaleza,
de la lengua por sólo la extraneza),